

29 de Setiembre 2024 - XXVI Domingo Ordinario (B)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

El mes de octubre comienza el martes de esta semana, y este mes ha sido reservado por la Iglesia como un mes de especial devoción al Santo Rosario. Por eso quisiera decir hoy unas palabras sobre la Santísima Virgen María y sobre su Rosario.

En primer lugar, veamos la idea de los santos, quiénes son y qué hacen.

Los santos son personas, ya sean humanas o angelicales, que están en el cielo con Dios. En el cielo disfrutan de la felicidad eterna y ven a Dios tal como Él es. Pueden ser santos aquellos que son reconocidos como tales por la Iglesia como San Pedro o Santa Teresa o San Miguel.

Sin embargo, también pueden ser santos aquellos que nos resultan desconocidos a nosotros o a la mayor parte del mundo. Pueden ser padres, abuelos, tíos, tías, hermanos, hermanas, niños o incluso bebés que murieron en el útero. Santos son todos aquellos que están en el cielo con Dios.

Ahora en la tierra oramos unos por otros. En la tierra intercedemos unos por otros. Le pedimos a Dios favores para aquellos que amamos y lo hacemos todo el tiempo. No sólo eso, pedimos a la gente que ore por nosotros o por aquellos que sabemos que podrían necesitar oraciones.

Así que aquí está la cuestión. Cuando alguien muere y va al cielo, ¿tendría sentido que dejara de preocuparse por sus seres queridos en la tierra? ¿Tendría sentido que ya no tuvieran interés en la vida de sus familiares y amigos? ¿Podría una madre olvidar a su hijo?

¡Por supuesto que no! Los santos en el cielo todavía nos aman a los que estamos aquí en la tierra. Los santos en el cielo todavía se preocupan por nuestras vidas y lo que nos sucede, y aquí está la parte buena. Están con Dios y están en mejor posición para interceder por nosotros que cuando estuvieron aquí en la tierra. Pueden pedirle a Dios directamente que nos ayude, y por eso nos anima a orar a los santos. Los honramos como amigos de Dios. Les pedimos su ayuda. Los santos no pueden realizar milagros, pero pueden pedirle a Dios que los haga, lo que nos lleva de regreso a la Santísima Virgen María.

María es la más grande de todos los santos, y lo es por varias razones. Lo primero y más importante es esto: Ella es la madre de Jesús, quien es el Hijo de Dios y nuestro Salvador. Sin ella, Jesús no habría nacido y nosotros no podríamos salvarnos.

También es cierto que Dios había preparado a María para este papel desde el primer momento de su concepción. Cuando fue concebida en el vientre de su madre, Dios le concedió una gracia especial. Los teólogos llaman a esto gracia preveniente, es decir, una gracia que vino antes de la Redención. Dios preservó a María libre del pecado original y de sus efectos. María recibió la misma gracia que Dios había dado a Adán y Eva, una participación en Su vida divina, la gracia santificante.

Esto fue así porque el pecado en cualquier forma es incompatible con la vida en Cristo. El Hijo de Dios no podía nacer de una mujer manchada en lo más mínimo con algún pecado, ya fuera original o actual. Además, sabemos que María estaba libre de pecado por la forma en que el ángel Gabriel se dirigió a ella. Él le dijo: "Ave llena eres de gracia", queriendo decir que no había pecado en ella.

María también es virgen, lo que significa que entregó toda su vida a Dios. Vemos esto nuevamente en su respuesta al ángel Gabriel cuando él le dijo: "Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús". María respondió: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?"

También sabemos que María permaneció virgen y no tuvo más hijos que Jesús porque cuando nuestro Señor estaba colgado en la cruz, confió el cuidado y bienestar de María a San Juan cuando dijo: "Ahí tienes a tu madre". El relato evangélico añade luego: "Desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa (Jn 19,27)". Si María tuviera otros hijos, Jesús no se la habría dado a San Juan.

Aún más importantes desde nuestro punto de vista son las palabras que Jesús pronunció justo antes de esto. Le dijo a María: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Fue aquí donde nuestro Señor confió al amor y al cuidado de María todo el género humano, y todos los que somos miembros de él.

Podrías preguntar: ¿Cómo podría ser esto? Bueno, piénselo... Jesús nos enseñó a comenzar nuestras oraciones con estas palabras: "Padre nuestro". Eso significa que si Dios es nuestro Padre y Jesús es el Hijo del Padre, entonces nosotros también somos hermanos y hermanas de Jesús porque tenemos el mismo Padre, Dios.

Además, si somos hermanos y hermanas en Cristo, si todos estamos relacionados espiritualmente en virtud de nuestra fe compartida y del bautismo, entonces somos hermanos y hermanas de San Juan a quien nuestro Señor confió el cuidado de María.

Finalmente, si Jesús le dijo a María: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", refiriéndose al discípulo que es nuestro hermano en Cristo, eso nos convierte también en hijos e hijas espirituales de María. Ella es verdaderamente nuestra Madre Santísima.

Ahora las madres aman y cuidan a sus hijos y siempre están pensando en ellos. Las madres quieren lo mejor para sus hijos. Esto también es cierto con María. Ella quiere lo mejor

para nosotros, y lo mejor para nosotros es que algún día vivamos en el cielo con Dios, y por eso nos ayuda a permanecer en el camino que lleva al cielo, y diré un poco más sobre esto en un momento.

Sin embargo, a María no sólo le preocupa que lleguemos al cielo. Ella también quiere ayudarnos en nuestra vida diaria, y hay prueba de ello en las Escrituras. En las bodas de Caná, cuando a la joven pareja se le acabó el vino para sus invitados, María intercedió por ellos. Ella le pidió a Jesús que hiciera un milagro y fue entonces, a pedido de ella, que Jesús hizo su primer milagro al convertir el agua en vino.

Note que esto fue a pedido de María. Ella había intercedido por esta joven pareja. Ella no realizó el milagro ella misma, sino nuestro Señor, sino que lo hizo a pedido de ella. Dicho esto, ¿se te ocurre algo que Jesús le negaría a su madre? Nuestro Señor honra a Su madre como lo haría cualquier buen hijo. Él se preocupa por ella y no le negaría nada.

Por lo tanto, tiene sentido que también le pidamos ayuda a María, nuestra madre espiritual. Tiene sentido que pidamos a María que hable con su Hijo en nuestro nombre cuando lo necesitemos. Tiene sentido para nosotros pedirle que lleve nuestras peticiones a Jesús, quien actuará en consecuencia tal como lo hizo en las bodas de Caná cuando María le dijo: "Ya no tienen vino".

Ahora mencioné que María quiere sobre todo que nos unamos a ella y a los santos y ángeles en el cielo donde viviremos en paz y alegría alabando a Dios por siempre. Para ello, María se ha aparecido en varias ocasiones para animarnos a permanecer en el camino que lleva al cielo, o para advertirnos cuando nos hemos desviado. Yo menciono aquí brevemente sólo tres de estas apariciones.

Uno fue en México en 1531 cuando María apareció a un humilde indio llamado Juan Diego, que ahora es santo. Quería dar a conocer a los pueblos originarios de México a su Hijo Jesús. Se identificó como "la siempre virgen Santa María, Madre del Dios Verdadero por quien vivimos, del Creador de todas las cosas, Señor del cielo y de la tierra".

Al imprimir su imagen en la tilma que llevaba Juan Diego, dejó una señal milagrosa de que lo que le decía era verdad. Cuando se corrió la voz de su aparición, más de seis millones de personas en México creyeron y fueron bautizadas.

Otra ocasión en la que María se apareció fue en Lourdes, Francia, en 1858. Esta vez se apareció a una joven llamada Bernadette Soubirous. Era una época de poca fe en la que muchos habían rechazado la creencia en Dios por la grandeza de la ciencia. Creían que todo podía explicarse de forma natural y que la creencia en Dios era una superstición primitiva.

Esta vez María se identificó como la "Inmaculada Concepción" y pidió a la gente que orara a Dios por los pecadores. Para demostrar que ella realmente había aparecido, apareció milagrosamente una fuente, y cuando la gente bebía del agua o se bañaba en ella, muchos se

curaban de terribles enfermedades o enfermedades terminales. Hoy en día todavía hay personas curadas en Lourdes.

Un caso más donde se apareció Nuestra Señora fue en Fátima en Portugal en 1917. Esta vez se apareció a tres niños y les pidió que advirtieran al mundo que si la gente no se arrepentía, vendría una guerra terrible como castigo por los pecados del hombre. Instó a la gente a rezar el Rosario en reparación por los pecados de la humanidad. Para demostrar que ella realmente había aparecido, se produjo un gran milagro del sol. Casi 70.000 personas presenciaron este evento.

Todas estas apariciones de María no fueron para llamar la atención sobre sí misma, sino que surgieron de su preocupación maternal por nosotros, sus hijos espirituales. Ella nos advirtió especialmente en Fátima que el mundo estaba en un camino que no conducía al cielo sino al infierno. En Fátima incluso mostró a los niños una visión del infierno, ese lugar, según ella, donde van los pobres pecadores.

Tanto en Lourdes como en Fátima, María nos instó a rezar el Rosario, y la Iglesia ha dedicado todo el mes de octubre a promover su uso. El Rosario es una oración que combina palabras santas y meditación. El Rosario combina las oraciones vocales - Padre Nuestro, Ave María y Gloria - con la meditación de los diversos misterios. El Rosario es una oración poderosa, y es poderoso porque está dirigido a Dios a través de la Santísima Virgen María. Ponemos nuestras oraciones y peticiones en manos de María y ella las lleva a Jesús.

El Rosario es también una oración que se puede rezar fácilmente en casa o en un descanso en el trabajo o con la familia. Les recomiendo encarecidamente que hagan del Rosario parte de su oración diaria. De hecho, intenta rezar el Rosario con tu familia en casa todos los días.

Al rezar el Rosario todos los días, mantendrás en orden tus prioridades espirituales porque los misterios del Rosario de María te recordarán toda la vida de Cristo, desde Su concepción hasta Su Ascensión al cielo. Por eso, todos los días, pero especialmente durante el mes de octubre, rezad el Rosario. Después de la Misa, no tenemos mayor oración. Amén.